

LOPE, SACERDOTE

DURANTE las frecuentes enfermedades que minan el cuerpo de doña Juana de Guardo, Lope la asistió con idéntico cariño y análoga paciencia que a Isabel. Y durante este período sufre hondas crisis místicas y escribe muchos de sus «*Soliloquios amorosos de un alma a Dios*» y «*Los pastores de Belén*». Los primeros constituyen un elevado ejemplo de prosa ascética alabada aun por aquellos críticos que no comparten el confesionalismo del poeta.

En 1609 ingresa en la Congregación de Esclavos del Santísimo Sacramento, en el Oratorio de Caballero de Gracia; en 1610 se inscribe en la Congregación del Oratorio del Olivar, en el convento de Trinitarios Descalzos. En 1611, es congregante de la Venerable Orden Tercera de San Francisco. En 1612, derramó «llanto y lágrimas», arrodillado delante de un crucifijo, pidiendo a Dios perdón. Cuando, en 1613, muere Juana de Guardo, Lope, en su hogar de viudo de la calle de Francos, se acuerda del beato Bernardino de Obregón, el que tanto influyera en la corrección vital de su padre. Y se acordó también, por supuesto, del taller de bordados y de toda la liturgia de oro de la casa paterna. Aquellos sacros ornamentos le atraían ahora como entonces cuando sólo sabía admirar su fulgor... Y decidió ser sacerdote, ya cumplidos los cincuenta, para así defenderse de la tentación, y como dijo a «Amarilis» bastante tiempo después en una epístola autobiográfica:

*«Dejé las galas que seglar vestía;
ordenéme, Amarilis, que importaba,
el ordenarme, a la desorden mía.»*



Se ordenó de menores, en Madrid, al comenzar el mes de marzo de 1614, y al poco se trasladó a Toledo para efectuar la ordenación de presbítero, el 24 de mayo, diciendo su primera misa en la octava del Corpus, no en el Oratorio de su casa de la calle de Francos, sino en el Carmen Descalzo, porque carmelita era su confesor, fray Martín de San Cirilo. No fue la del poeta, una determinación rápida e impensada; sufrió, como afirma Entrambasaguas, un proceso psicológico que se va derramando lenta, pero avasalladoramente en el alma de Lope. Debe recordarse que en Alcalá, había intentado ser sacerdote, cuando lo protegía Manrique de Lara; que tal vez repite el intento poco después en Salamanca y que una y otra vez, el amor humano es más fuerte.

Lope quiso salvarse de éste, abrazando el estado eclesiástico. Si él era hombre de malos hábitos, ¿por qué no abrazar los buenos? Pero no bastaba con vestirlos; la cosa no era tan fácil, dado su temperamento. Este podía siempre más que su voluntad. La sociedad de su tiempo —es cierto— no le invita a una santa emulación; mas por su talento y categoría intelectual él debió ofrecer un alto ejemplo a los demás. Y la verdad es que lo ofreció a su manera, la única que le permitía su psicología. Su vida no sería nunca de dos períodos; uno, de disolución y otro de piedad, con un claro hito separador en medio, como la de algunos santos. La disolución —¡ay!— entendida con una moral estricta, siguió todavía. Mas la piedad se hizo más fuerte. Se sabe que visitó los hospitales para hacer caridad, que asistía diariamente al Santuario de Atocha como cuando era niño, y que andando el tiempo, las paredes de su habitación estarían salpicadas de sangre, de castigarse con el cilicio todos los viernes. Bien puede decirse que el drama en el alma de Lope empieza en 1614, cuando por fin abraza el estado sacerdotal. Tras sus caídas, venían sus arrepentimientos y tribulaciones, sus proximidades con el Creador. En estas íntimas penitencias se veía monstruoso, vestido de don Carnaval —de don Carnal—, como cuando se presentó en Valencia a Felipe III, y temblaba de espanto hasta caer a veces en lipotimias. Y a esos espantos se unía en contraste barroquísimo el placer inmenso de poder tener a Dios entre sus manos; cuando el sacerdote-poeta alzaba en la misa, instante que recoge en el siguiente soneto de las «*Rimas Sacras*», en cuyo epifonema final pide a Dios que no le abandone en sus tentaciones:



*«Cuando en mis manos, Rey eterno, Os miro,
y la cándida víctima levanto,
de mi atrevida indignidad me espanto
y la piedad de vuestro pecho admiro.*

*Tal vez el alma con temor retiro,
tal vez la doy al amoroso llanto,
que, arrepentido de ofenderos tanto,
con ansias temo y con dolor suspiro.*

*Volved los ojos a mirarme humanos,
que por las sendas de mi error siniestras
me despeñaron pensamientos vanos;*

*No sean tantas las miserias nuestras
que a quien os tuvo en sus indignas manos,
Vos le dejéis de las divinas vuestras».*

Cuando recibió la ordenación sacerdotal Lope, como reparación a Dios, escribió y publicó las *«Rimas Sacras»* en las cuales iba incluido un *«Romancero Espiritual»* que es, según el subtítulo, una historia de la Redención del género humano o, dicho de otro modo, la *«Historia de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor»*. También, a petición de los padres jesuitas, narra en prosa historial el *«Triunfo de la Fe en los Reinos del Japón por los años 1614 y 1615»*, donde relata el martirologio de los que fueron a morir por la Cruz junto a los lotos y los crisantemos; y además de sus vidas de santos, entre ellas las de San Isidro y Santa Teresa, el sacerdote poeta amplía los cuatro soliloquios escritos en 1612 y les agrega cien jaculatorias a Cristo Nuestro Señor. En estas jaculatorias, más que en *«La Corona trágica»* o en los *«Triunfos divinos»*, es donde podemos auscultar el atribulado corazón de Lope. Si la vida del Fénix se hubiese concordado con el ascetismo de las jaculatorias, hoy el poeta estaría en los altares porque en ellas parece un Tomás de Kempis.

«Ni en la mar pueden reposar las aves, mi Dios, ni Tú en el corazón inquieto» (Jac. LXXIII).

«Mi Dios, más que letras he escrito de vanidades; tengo pesares de haberlas escrito» (Jac. XXVII).



«Curioso he sido de leer, mi Dios; pero nunca hallé libro como a Ti en la Cruz, ni que siempre enseñase, porque siempre estás abierto» (Jac. LIX).

En los soliloquios en general y especialmente en sus cien jaculatorias se halla toda la agonía cristiana del poeta. No hay que seguir su biografía para comprender la tragedia profunda.

Pero la tentación irresistible, más fuerte que ninguna, se va a llamar Marta de Nevares. Era esposa de Roque Hernández, hombre de negocios que empezaba a «barbar por los ojos y acababa en los dedos de los pies», el cual hacía objeto a Marta de malos tratos, aún antes de que se conocieran ella y Lope. Marta, mucho más joven que el poeta, reunía, a juicio de éste, todas las perfecciones: las físicas y las de la inteligencia. Sin duda, Marta superaba a Micaela y a Elena. Era mujer cultivada: la compañera que Lope necesitaba antes de su ordenación sacerdotal y que ahora le llega tarde para llevarlo al sacrilegio. Porque Lope va a amar a Marta de Nevares intensamente; y ella — ¡ay! — le va a corresponder. Primero, Marta se separa judicialmente de Roque. Después, éste muere y Marta con su hija Antonia Clara, recién nacida casi, se traslada al hogar de Lope, donde están con Feliciano, la hija legítima de Juana Guardo, Marcela y Lopito, ambos de Micaela de Luján. Marta no será madrastra de ninguno de ellos, sino intercesora de todos cerca del poeta, que la llamaba familiarmente «madre de la piedad».

En la dedicatoria de «*La viuda Valenciana*», Lope alaba a Marta de Nevares y nos entera de que cuando ella hace versos «Se rinden Laura, terracina; Ana Bins, alemana; Safo, griega; Valeria, latina, y Argenteria, española». Sus virtudes en el canto eran asimismo extraordinarias. Lope quedó subyugado. Escribió versos para ella, hizo música con ella en su «casilla» de la calle de Francos, acompañándose con el violín; escribe novelas, cuando ella se lo indica, porque en esto le superaba Cervantes («Las novelas a Marcia Leonarda que con el de Amarilis es el otro nombre literario de Marta»).

Los enemigos literarios de Lope —los preceptistas aristotélicos, de una parte; los culteranos de otra, con Góngora a la cabeza; el teatral, o sea, Juan Ruiz de Alarcón—, arrecian sus disparos contra el blanco al que ya apuntó Cervantes en la segunda parte del Quijote (1615) y antes que el poeta abrazara el estado sacerdotal, donde dijo: «Del tal [de Lope], adoro el ingenio, admiro las obras y la ocupación continua y virtuosa». Góngora



y Ruiz de Alarcón juegan con la dilogía Marta mujer, y Marta mamífero, para clavarle sus ironías.

*«Dicho me han por una carta,
que en tu cómica persona
sobre los manteles mona
y entre las sábanas marta». (Góngora)*

*«Culpa a un viejo avellanado
tan verde que al mismo tiempo
que está aforrado de martas
anda haciendo madalenos». (R. de Alarcón).*

En lo de *madalenos* hay una alusión directa a la octava que, como sacerdote, venía haciendo Lope en el Convento de la Magdalena. Pero lo que más le duele a Lope, son las reconvenções de su confesor: «Esta noche no he dormido aunque me he confesado. ¡Mal haya Amor, que se quiere oponer al Cielo!», escribe al Duque de Sessa, en una ocasión.

El tiempo, la voluntad y las disciplinas, van templando este ardor. No todo se lo lleva el diablo. Marcela, de fina sensibilidad y aficiones poéticas, da una bella lección a su padre. Ingresa en 1622 en el Convento de las Trinitarias Descalzas de la calle de Cantarranas, hoy de Lope de Vega, y donde tomó el nombre de Sor Marcela de San Félix. El Lope de los buenos hábitos la dotó como correspondía y además cumplió mejor sus compromisos que su antiguo suegro Antonio Guardo cuando el poeta celebró las bodas de la tierra con doña Juana Guardo. El amor hacia Marta, se va transformando en algo espiritual y paternal. A ello contribuye, finalmente, la ceguera de Amarilis, su enajenación mental y su muerte, que ocurre en 1632. El entierro de Amarilis lo costeará aparentemente el librero Alonso Pérez de Montalbán, amigo íntimo de Lope. Amarilis, antes de caer enferma, entró también, como el poeta, en un período de tribulación religiosa. Practicaba la caridad, visitaba piadosamente los templos; profesó en la Orden Tercera de San Francisco. ¡Todo va contribuyendo a la soledad del poeta! De los hijos, Marcela dejó un hueco insustituible. Feliciano se casó el 18 de diciembre de 1633 con don Luis de Usástequi, oficial de la Secretaría del Consejo de Indias de la provincia del Perú y abando-



na también en buen orden el hogar de la calle de Francos, apretando la garganta del padre.

Queda, por tanto, Lope solo con Antonia Clara, pues Lopito, que había preferido las armas a las letras, marchó primero a Italia y luego a la expedición de la isla de Margarita, cerca de la cual muere en un naufragio.

Antonia Clara parecía la viva imagen de su madre. Tenía de ella la misma gracia y las mismas dotes, y el padre, que de niña la había enseñado a declamar, de adolescente la empleaba a ratos como auxiliar en sus trabajos de comediógrafo. Gracias a ella va culminando y poniendo en limpio nuevas obras literarias. Pero esta última felicidad no le va a durar, porque un nuevo y decisivo disgusto se cierne sobre la vida, ya tan atormentada del poeta. Una tarde, al regresar a casa, Antonia Clara ha desaparecido. Inútil todo: las angustias, los clamantes vocativos, los llantos entre reprimidos y desatados. Antonia Clara, la pura «Clarilis» de su vejez, había sido raptada por don Cristóbal Tenorio, Caballero de la Orden de Santiago y ayuda de Cámara de Su Majestad, quien nunca llegó a contraer nupcias con la muchacha, de la que su padre no volvió a saber nada más. En sus reflexiones y monólogos quizá se le viniese a la memoria el rapto de Isabel de Urbina que, después de todo, no podía compararse con el de Antonia Clara, porque Lope consumó el matrimonio canónico con Isabel, lo que no realizó haciendo honor a su apellido este Tenorio real.

*«A mis soledades voy,
de mis soledades vengo,
porque para andar conmigo
me bastan mis pensamientos».*

¡Ah! Si no fuera sacerdote, no le bastarían. Ahora, no le quedó nadie más que Dios. La vida frágil, iba a merced del oleaje, presta a naufragar contra los acantilados.

*«¡Pobre barquilla mía
entre peñascos rota!».*

No tuvo otro consuelo que la oración, el rezo, y aquel naranjo y las otras plantas de su jardín, de aquella Valencia vivida con Isabel de Ur-



bina, en la que él era Belardo, el hortelano. Ya no creía en las estrellas como en su juventud. ¿Qué más tristes presagios le podían conturbar? Los únicos fieles que no le faltaban eran Juan de Piña y Francisco López de Aguilar, los constantes amigos. Feliciana quitale horas a su propio y reciente hogar y acudía a tapar soledades. Valdivielso lo consolaba dulce y magnánimo. Sin embargo, su huerto, el huerto de la casa de la calle de Francos, y del que también fueron flores todos sus hijos, era ahora para él, padre y sacerdote, un amargo huerto de los Olivos.

Acrecentó más que nunca su actividad religiosa. Acudía a la Congregación de Sacerdotes naturales de Madrid, a la que ha tiempo pertenecía; a la de Familiares del Santo Oficio, de la que también era miembro; a la de los Caballeros del Hábito de San Juan. Pero, sobre todo, rezaba en la soledad de su oratorio, en la de su estudio, y decía, como una oración sacra, algunos versos de sus «Soliloquios». Al mismo tiempo, endurecía sus flagelaciones:

*«Manso Cordero ofendido,
puesto en una cruz por mí,
que mil veces os vendí
después que fuisteis vendido:
Dadme licencia, Señor,
para que, deshecho en llanto,
pueda en vuestro rostro santo
llorar lágrimas de amor»*

¡Llorar! ¡Llorar! ¡Llorar! Con las lágrimas casi regaba las flores del huerto deshecho...

Toda la mística pura se apoya en el llanto. Hasta Mohidin Abenarabe, el sufí árabe murciano, apoyó en el llanto el «Elogio de la tristeza» y él, el monstruo de la Naturaleza nunca más se humanizó que cuando escribiera transcrito de desconsuelo: «Dulce cosa es llorar, ¡Oh! qué contenta queda el alma de haber llorado!»

